

de la Ilustración, hace tiempo que se diluye como hielo en el agua. Es comprensible que el sentido último de estos «poemas de la consumación» consista en mantener a salvo la identidad personal, en medio de una sociedad cada vez más despiadada y gregaria, como se echa de ver muy principalmente en «Pensamiento», «Príncipe» o «Purificación». Este propósito demanda del autor un orden discursivo peculiar, correspondiente al orden de un universo que apenas presentimos y que, sin embargo, nos preside; un orden cuyo espacio referencial no es la conciencia, el cuerpo o los sentidos, sino la memoria, a la que remiten abundantes poemas, como «Eternidad», «Cencellada», «Las Nubes», «Respirar» o «Atardecer». Así pode-

mos leer en el último de los citados: «Quiero lentamente ser cegado / por el resplandor de mi memoria / en su adoración más recóndita, / pues no hay olvido posible / para un corazón que supo / sin a nadie pertenecer».

Con *Cielo y Ascensión*, Javier Lostalé culmina una suerte de mística laica, practicada por algunos poetas de finales del siglo pasado, como José Ángel Valente, José Corredor-Mateo, Clara Janés o Pureza Canelo, entre otros; una mística sin Dios, cuyas fronteras vienen dadas por la memoria y el olvido; una aventura espiritual cuya existencia postula un lector cómplice. —MANUEL NEILA.

Javier Lostalé, *Ascensión*, Valencia, Pre-Textos, 2022.

## Vigencia de José Luis Hidalgo

**N**O escasean las referencias a José Luis Hidalgo en los estudios y antologías que se dedican a la poesía de la inmediata posguerra. Pese a lo limitado de su producción poética —compuesta, como se sabe, por solo tres títulos—, su inclusión en estos recuentos resulta imprescindible, aunque no siempre hay acuerdo en subrayar las características de su poesía que lo justifican. Están quienes resaltan su preocupación religiosa, su angustia

existencial y las dudas asociadas a tal angustia; otros ponen mayor énfasis en la temporalidad, el fatalismo y la presencia infatigable de la muerte en su poesía, a lo que ha contribuido, sin duda, el más conocido y reconocido de sus libros, *Los muertos*, que vio la luz solo unos días después del fallecimiento del autor, cuando contaba solo 27 años. Algunos han especulado con el carácter premonitorio de este libro, pero baste para desmentirlo que el libro se comenzó a escri-

bir unos años antes de que Hidalgo contrajera la fatal enfermedad que le llevó a la muerte, precisamente cuando comenzaba a solventar las contradicciones y penurias que le acuciaban y que, hasta en sus últimos días, ingresado en el hospital desde hacía meses, no perdió la esperanza en la curación. No conviene olvidar, además, que el primer título que barajó para este conjunto de poemas fue «La llanura de los muertos», basado en su experiencia como contador de cadáveres en los campos de batalla en la guerra civil española, siendo poco más que un adolescente. Quizá la razón de ese cambio, el paso de la conciencia colectiva a la conciencia íntima, fue la constatación de que el enfrentamiento con la muerte es un asunto individual. Cada uno lo asume o rechaza a su manera, y la manera de hacerlo de Hidalgo es planteando interrogantes, increpando a Dios —de forma muy similar a como lo hace el primer Blas de Otero, por ejemplo—, rogando y reclamándole más «humanidad». La filosofía de Unamuno y de Nietzsche, entre otros, subyace como fondo argumental en este enfrentamiento desigual entre lo humano y lo divino.

El primer libro de José Luis Hidalgo, *Raíz*, se publicó en 1944 en Valencia, ciudad en la que residía el poeta por aquella época. Es un libro heterogéneo, una antología más bien, que recoge poemas escritos en diferentes épocas de su vida. El propio autor es quien realiza la selección y, a tenor de las opiniones

que manifiesta a distintos amigos, necesita «quitárselo de encima» cuanto antes para profundizar en su aventura estética. Sin embargo, cualquier lector podrá comprobar que en él se encuentran ya perfilados algunos de los rasgos de su poesía más contundentes. «En sus primeros poemas de aliento surreal están explicitadas algunas de sus constantes más reconocibles, la automención, el tono categórico, lo material oscuro o subterráneo, la permeabilidad entre vivos y muertos, el silencio, la sombra o la noche, el interlocutor ausente, el pesimismo trágico y la derrota última del ser», escribe Fombellida en el estudio preliminar.

*Los animales*, su segunda entrega, publicada bajo el sello de Proel en 1945, está considerada por muchos estudiosos una obra menor, acaso porque consta de once poemas, sin embargo, el poder evocador de su lenguaje, la fuerza metafórica de impronta irracional y la plasticidad de las imágenes lo emparenta («Por entre manos húmedas que agitas blandamente / vas tú, pez desnudo, espada velocísima / que pasas y te olvidas de tu huella», por ejemplo), por una parte, con *Raíz* y, por otra, con los poemas de *Los muertos*, que están ya bullendo en su mente.

Su tercer libro, *Los muertos*, es el que ha situado la figura de Hidalgo como uno de los poetas mayores de la inmediata posguerra. No está de más recordar que en la década de los cuarenta del pasado siglo, un no des-

deñable número de poetas jóvenes apostaban por un regreso a la poesía de corte clásico y de tinte heroico en la que la figura del poeta soldado era un referente imitable. José Luis Hidalgo, siempre en pos de una verdad existencial que le lleva a cuestionarse no solo el presente, sino el más allá, ensaya con este libro una poesía cifrada en las incertidumbres de un yo que no se aviene a seguir la corriente, que se cuestiona la inexorabilidad de la muerte y, en definitiva, su lugar en el mundo: «Pero ya no estoy solo, mi ser vivo / lleva siempre los muertos en su entraña. / Moriré como todos y mi vida / será oscura memoria en otras almas», escribe en «Rumor lejano», un poema con ecos juanramonianos.

La presente antología se completa con la sección «Otros poemas. 1936-1945», poemas que quedaron

fuera de su obra canónica pero que no desmerecen de ella en absoluto. Eso sí, no hubiera estado de más fechar cada uno de estos poemas para que el lector pudiera comprobar el grado de evolución poética del autor.

*Arderé siempre* es una antología necesaria que ojalá contribuya a aumentar la influencia de Hidalgo en la poesía –hoy meramente testimonial– que se escribe en España en este momento, por eso no podemos sino aplaudir esta edición, a la espera de que se materialice ese viejo proyecto de edición ecclótica que los lectores del poeta torrelaveguense venimos reclamando. –CARLOS ALCORTA.

José Luis Hidalgo, *Arderé siempre. Antología poética, 1936-1947*, edición de Rafael Fombellida, Sevilla, Renacimiento, 2022.

## No todo lo *cantado* huele a olvido

LA poesía de José Antonio Zambrano (Fuente del Maestre, Badajoz, 1946) ha construido un edificio lírico luminoso a lo largo de varias décadas en las que se fechan sus veinte poemarios publicados. La aparición de *Poesía reunida (2001-2021)*, que comentamos, no hace sino ratificar esa conjunción de simetrías y celebraciones que la poesía de Zambrano convoca sin hacer

demasiado ruido, en su apartamiento y concentración creadores, en su silencio inspirador y ensimismado. Sus veinte poemarios unitarios, desde *Canciones y otros recuerdos* (1980) hasta *Ahora* (2019), dibujan una trayectoria editorial granada que tiene dos claves de bóveda significativas, claves que ofrecen al lector dos asideros fiables para conocer la poesía de nuestro autor, ya que reparten